

SERMON
DE LOS PATRIARCAS
SANTO DOMINGO Y SAN FRANCISCO.

(DE GARCIA.)

Ipsè dedit quosdam apostolos... in opus ministerii, in ædificationem corporis Christi.

A unos hizo Dios apóstoles para que sostengan la iglesia, y la edifiquen con su predicacion y admirables ejemplos.

S. Pablo á los efesios, c. 4. v. 11 y 12.

Admirable es Dios en sus santos, dice el profeta Rey, y la variedad de los caminos por donde conduce á sus escogidos es uno de aquellos tesoros ocultos sobre que pone su sabiduría profundos abismos, y en que resplandecen con mas claridad sus adorables perfecciones; su grandeza, su bondad, su justicia, su misericordia, su poder infinito, y aquella fecundidad maravillosa, que siendo semejante á sí misma, y siempre diferente de sí misma, derrama sobre sus obras una prodigiosa mezcla de semejanza y de diversidad, que todo lo congrega y lo reune sin confusion ni desórden. Con efecto, aunque un mismo espíritu forma todos los santos, aunque una misma fe los justifica, y uno mismo es el Dios que los corona, no en todos los santos se halla un mismo carácter de santidad: todos ellos llegaron al heroísmo de la perfeccion y poseyeron juntas todas las virtudes; pero cada uno parece que resplandece con mas especialidad en una virtud, y cada virtud parece que tiene su héroe propio y personal. El Abad Antonio fué el héroe del desierto, un Ambrosio de la fortaleza, un Nolasco de la caridad, un Cayetano de la confianza, un Luis de la pureza, un Saes de la mansedumbre, un Mauro de la obediencia, un Juan de la Cruz de la abnegacion y un Gonzaga de la inocencia.

De aquí procede tambien, que aunque la gracia santificadora

es una misma, pero varía sus efectos segun la diversidad de los sugetos, y Dios guia á sus escogidos á un mismo término por diferentes caminos. Á unos llama á la oscuridad de los claustros, en donde separados del boato de Babilonia, viven crucificados al mundo y sus placeres, contentos con derramar lágrimas sobre las ruinas de la ciudad santa, y levantar sus manos inmaculadas al cielo para alcanzar sus misericordias á la tierra, como los Alcántaras, Regalados y Diegos de Alcalá. Á otros inspira una vida peregrina y solitaria, y renunciando estos sin tardanza los intereses de una fortuna brillante, olvidando el esplendor de su ilustre nacimiento y rompiendo los vínculos mas fuertes de la sangre, transmigran de provincia en provincia, caminan errantes por países incógnitos, cargados de enfermedades y miserias, expuestos á la intemperie de las estaciones y al desprecio de los insensatos, como los Roques, Alejos y Egidios. Á aquellos lleva á la soledad de los bosques, cuyo silencio solo interrumpe el bramido de las fieras; y allí retirados del comercio de las criaturas, habitan aquellas selvas inaccesibles, sepultados en sus cuevas y cavernas, esperando el día del Señor, como los Pablos, Hilariones y Romualdos. Á otros los llena de su espíritu, les da segun la metáfora de Job un cuerpo de bronce y de metal, y los conduce á los anfiteatros, para que con una santa intrepidez se arrosten con los tiranos, y expongan sus miembros en obsequio de la fe á las ruedas, al cuchillo, á las hogueras y al furor de las bestias, como los Dionisios, Policarpos y Lorenzos. Á aquellos deja bajo el contagioso clima de una corte tumultuosa; y en medio de la púrpura y del fausto los anima á practicar virtudes dignas de los solitarios de la Siria y la Tebaida, como los Fernandos, Luises y Casimiros. Á otros finalmente nacidos en una humilde cuna, los saca de su oscura condicion, y los eleva al mas alto grado de gloria y reputacion: su prodigiosa vida forma época en los fastos de la religion, y llegan á ser el asombro de los pueblos y la admiracion de su siglo, como los Franciscos de Paula y los Benitos de Palermo.

Confesemos, católicos, que estos famosos héroes que la mano omnipotente condujo por sendas diferentes, han sido á manera de aquellos fenómenos extraordinarios, que puestos sobre el horizonte de la iglesia, la han iluminado con el resplandor de sus virtudes, la han fomentado con el calor de sus milagros, la han edi-

ficado con su vida penitente, y han dado una prueba auténtica de la singular providencia con que el Señor mira por la felicidad de su casta esposa; pero no podemos negar que hay algunos santos de primer orden, á quienes el Omnipotente ha guiado por veredas muy particulares, y en cuyas manos parece haber depositado con especialidad el destino de su iglesia, sacándolos de los tesoros de su misericordia para que sirvan de columna y sosten de la religion; para que puestos como en espectáculo al universo, intimen verdades eternas á los grandes y pequeños, sostengan la fe fluctuante entre los vaivenes del error y del cisma, afirmen los altares desquiciados, contengan el furioso torbellino de la corrupcion; y volando de region en region, como el sol en su carrera apresurada, lleven el Evangelio de poniente á oriente, para iluminar á los que descansan á la sombra de las tinieblas y enriquecer al cielo por medio de sus conquistas con los despojos de la tierra: *Ipse dedit quosdam apostolos.... in opus ministerii, in ædificationem corporis Christi.*

Ved aquí en este diseño una imágen viva de aquellos dos esclarecidos héroes del siglo XIII, Domingo y Francisco: la diestra soberana los llenó de fuego celestial, y en testimonio de su tierna predileccion los presentó á la iglesia como el mas precioso don, para despertar por su medio la fe adormecida y darla un nuevo semblante, para resistir á las incursiones enemigas que atacaban el bajel de Pedro, para detener el torrente de los vicios que inundaban la tierra, para excitar en los corazones de los fieles la devocion, el fervor y la piedad, y finalmente para colgar en las bóvedas de Sion las preciosidades de Egipto, quiero decir, para que reproducidos estos insignes varones en numerosas tribus y multiplicados en una estirpe inmortal, brotase de sus mismas cenizas un nuevo pueblo de santos: *In ædificationem corporis Christi.*

Ya podeis columbrar de aquí mi pensamiento; pero yo me insinuaré con mas claridad. Afirмо pues resueltamente con san Buenaventura, que Dios usó de la plenitud de sus misericordias con la iglesia, criando en su seno á Domingo y Francisco. Cómo así? porque con esta dádiva la concedió dos varones singulares llenos de su espíritu, y adornados con todo género de virtudes: primer argumento de su heroísmo. Porque con esta dádiva la concedió dos varones extraordinarios que la protegiesen en el apuro de sus aflicciones y necesidades: se-

gundo argumento de su elogio: *Ipse dedit quosdam apostolos in ædificationem corporis Christi.*

Cielos, alabad al Criador y abrid las mansiones de la eternidad, para colocar en las moradas de Sion un lucido escuadron de mártires rubricados con su sangre, de confesores adornados con el trofeo de sus victorias, de apóstoles cargados con los frutos de su celo, y de vírgenes ceñidas con estolas de pureza: *Laudate cæli.* Iglesia santa, convierte ya tus gemidos en cánticos de triunfos y alegría: de aquí adelante concurrirán á tus solemnidades cristianos fervorosos, sacerdotes irrepreensibles, pastores escogidos del cielo y pontífices celosos, y hasta los grandes de la tierra doblarán la rodilla delante de tus altares: *Exultate terra.*

Universidades del orbe, ensanchad vuestros liceos para que suban á las cátedras sabios famosos, cuya ciencia igualará á su virtud, y cuya fama inmortal volará por los países mas amenos de Minerva. Montañas del Nuevo Mundo, abatid vuestras soberbias cimas para recibir las fecundas nubes, que van á derramar sobre vosotras el saludable rocío de la divina gracia: *Jubilat montes laudem.*

Sagradas familias, prole escogida, pueblo de adquisicion, unid vuestras voces á las mías para pagar el justo tributo de alabanzas á nuestros fundadores ínclitos: *Laudemus viros gloriosos parentes nostros.* Juntad al mismo tiempo vuestras súplicas á las del numeroso pueblo que me escucha para implorar la gracia que necesito por medio de la Reina del cielo, saludándola con el ángel: *Ave María.*

La conducta que ha observado Dios desde el origen de los siglos, es un misterio de misericordia y una prueba innegable de la providencia con que se desvela por el bien y felicidad de su pueblo. Aun ántes del nacimiento de la iglesia llama á Abraham de la Caldea, en cuyo seno habia mamado la leche de la supersticion, le inspira principios de religion para que instruya á su pequeña familia, le constituye padre de los creyentes, y establece con él una alianza sempiterna. Luego que su descendencia se multiplica bajo el cautiverio de una potencia extranjera, destina á Moises para que enjague sus lágrimas, le autoriza con los esfuerzos de su brazo, y con una vara portentosa en-

mudece á los inmundos Pitones, que quieren remedar sus prodigios, hace temblar en su misma corte al príncipe tirano, y á fuerza de maravillas y portentos obliga á un pueblo indócil á abrazar la ley que le intima su legislador escogido.

Para entrar este mismo pueblo en el país prometido, sustituye á Josué, y este famoso general suspende al sol en su carrera, pisa con sus plantas vencedoras la cerviz de sus feroces rivales, echa por tierra los baluartes de la orgullosa Jericó, afianza los derechos de la nacion santa, y pone á Israel en posesion de Canaan. En los siglos posteriores renueva la misma providencia con la Sinagoga; unas veces movido de sus desgracias, se vale del cielo de Otoniel, Débora, Barac y Jefe para contener la insolencia de Moab y Amon; otras elige á Gedeon y Sason para exterminar el furor de los incircuncisos; ya por último suscita á Samuel para confundir á Amalec y restablecer el culto sagrado.

Esta misma máxima reitera en la plenitud de los tiempos con la iglesia naciente. Envía á su Unigénito disfrazado bajo el velo de la humanidad, y elige doce discípulos, que llenos de su espíritu vuelan como ligeras nubes de un polo al otro polo, surcan inmensos mares, penetran enmarañadas selvas, pisan profundos valles, trepan ásperas montañas, y sostenidos con la fuerza de su poder triunfan del paganismo y de la perfidia judáica, y enarbolan la cruz sobre las cenizas de los ídolos y las reliquias de la Sinagoga.

¿No advertís en esta serie inviolable de proteccion los esmeros de la Providencia á favor de su pueblo escogido? Pues avivad la atencion, y veréis el amor tierno de Dios para con su iglesia en el precioso don con que la enriquece, concediéndola á Domingo y Francisco: *Ipsa dedit quosdam apostolos*. El siglo XIII fué testigo de las maravillas de estos dos partos de la gracia, y Europa vió con asombro levantarse sobre su hemisferio dos astros de primera magnitud. En efecto, nacidos en el seno de la opulencia y prevenidos con bendiciones de dulzura, pasaron casi desde el vientre materno á los brazos de la piedad, y puede dudarse justamente, si hubo alguna interrupcion entre su nacimiento y la virtud, porque ser hombres y ser virtuosos fué en ellos una misma cosa, y tardaron poco en ser esclarecidos santos. Idlo observando en los pasajes de su preciosa vida.

La cuna, teatro funesto de las bajezas del hombre, fué para Domingo mansion de honor y gloria: distinguido en la frente con una estrella luminosa, apenas ve la luz este aborto de la gracia, apenas se organiza su tierno cuerpecito, cuando ya ofrece al Criador las primeras aspiraciones de un corazón puro, que jamas probó la ponzoña del deleite: todavía titubea entre los arrullos y las fajas, y ya anima su lengua balbuciente para pronunciar el generoso voto de perpetua castidad, que renovó en los últimos suspiros, y cuya inviolable guarda le hizo aborrecer hasta la sombra del vicio: adoptado en los crepúsculos de la puericia por hijo de María, se acoge el infante héroe al regazo de la emperatriz Madre: ella es su númen tutelar, su protectora divina y el soberano iman de su corazón. María instruye á su pequeño adoptivo en la sabiduría del cielo, aquella que dirigió sus hermosos pasos entre los escollos de la juventud, la que le condujo en las fatigas de su apostolado, y le formó uno de los mayores santos que admira la Religion; pero sabiduría muy semejante á la que ilustró al serafín de Asís en la primavera de su edad juvenil.

No lo dudeis: delineado Francisco desde el seno de su madre sobre el modelo del Dios-hombre, nace el humano serafín con una cruz roja en el hombro, índice de su principado, y pronóstico que anunciaba á la Toscana la gran luz que con el tiempo habia de esparcir en la iglesia un niño que traía impreso en sí el sello de la mano omnipotente: los agigantados progresos que hizo en la virtud, dieron testimonio de esta verdad. Educado en los brazos de la abundancia, concibe en la aurora de su pubertad un deseo inextinguible de pisar la gloria mundana, deseo ardiente que anima al jóven atleta á luchar con un corazón nacido para el fausto, con un genio franco y jovial, con una naturaleza formada entre los embelesos de la fortuna; y á pesar de tan poderosos incentivos sofoca las halagüeñas voces de la humanidad, rompe los tiernos lazos de la carne, renuncia los fueros de la sangre, cambia sus ricos vestidos con los andrajos del primer pobre que encuentra, y vuela en alas de su fervor á los yermos de la Umbría, donde habla de su Dios con todos los objetos que le rodean, donde alimenta su espíritu con las verdades eternas, y se excita á emprender los caminos y pisadas de un Dios pobre, donde forma el designio de ser el apóstol de la pobreza, el héroe de la humildad y el modelo

de la abnegacion; y á los primeros pasos que da en la carrera de la virtud, se remonta al ápice de la perfeccion, empieza por donde terminaron los mas famosos solitarios, y deja muy atras á cuantos ángeles del desierto ocultaron la Nitria y la Tebaida en sus venerables grutas.

O Iglesia santa! tú sola tenias derecho á los tempranos frutos de estos dos gemelos de la gracia, tan semejantes entre sí, como unidos en sus admirables proyectos; muy presto los veréis crecer en santidad, como aquella misteriosa fuente de Mardoqueo, hasta convertirse en caudalosos rios que fertilizarán con sus cristalinas aguas los mas distantes climas de la tierra. No es hipérbole. Apenas toca Guzman con las manos el último escalon de la infancia, cuando suspira por enriquecer su alma grande con el precioso tesoro de las letras, para derramar despues en el seno de la iglesia abundantes raudales de doctrina pura. Este deseo le arranca de su patria y parientes, y le trasplanta á la primera universidad del imperio Godo: Palencia era entónces en la Península lo que antiguamente habia sido Atenas en la Grecia, esto es, el asiento de las bellas letras y el domicilio de las ciencias, segun la expresion de un sabio; *Litterarum sedem, et domicilium*. En esta célebre academia se presenta Domingo lleno de fervor, y al punto arrebatada la admiracion de sus maestros con la viveza de su ingenio y la sublimidad de sus raros talentos: sus coetáneos le respetan como á un oráculo, su mérito pasma á los sabios que componen aquel distinguido gremio, la universidad aplaude su clara y sana doctrina, y la capital de Castilla le admira como al primer lumínar de su escuela.

Pero la multitud y variedad de sus estudios no pudieron entibiar las ansias que tenia de aspirar á la mas sublime santidad: esta noble ambicion le devora en medio de sus penosas tareas, y le obliga á formar el proyecto de consagrarse al servicio de los altares: la nobleza de su origen era un título ilustre en el mundo para el santo jóven, pero él renuncia de un golpe las linsojeras esperanzas con que le brinda el resplandor de su nacimiento, corta de raíz las conexiones de su sangre, y se incorpora en el orden levítico: la iglesia de Osma le franquea la entrada al santuario, y el celoso pastor que la gobierna mira al nuevo presbítero como la mas firme esperanza de su clero. Desde este instante el retiro del mundo, el olvido de sí mismo,

el culto divino, la frecuencia de los templos, el amparo de los miserables, la instruccion de los ignorantes, la oracion, el ayuno y la disciplina fueron su única ocupacion. Arrebatado de un entusiasmo divino, llega todos los dias á la sagrada mesa, donde desprendida su alma de los sentidos, se familiariza con su Dios, pasando á veces en estos inexplicables éxtasis muchas horas: con el mismo espíritu asiste á los divinos officios á celebrar las grandezas del Señor, y cada palabra que sale de su boca es un nuevo dardo de fuego que inflama su corazon: lleno de Jesucristo y trasformado en él, se despoja enteramente de sí mismo y de toda aficion terrena: distribuye á los menesterosos los preciosos muebles que se habian librado de su celo, vende hasta su librería para socorrerlos, y cuando ya no tiene que darles, les ofrece su propia persona, á lo ménos para mendigarles el sustento diario de puerta en puerta.

Un espíritu muy semejante animó á Francisco en la flor de su juventud. Estadme atentos, porque aquí estriba todo el mérito del patriarca de Asís. En los siglos de oro abrigaron los bosques de Egipto y Palestina una multitud de fervorosos colonos, que desprendidos absolutamente de los bienes de la tierra, vivian olvidados del mundo y de sí mismos, y entregados á los rigores de la mas estrecha pobreza, sin reservarse para sí otro derecho que el escaso trabajo de sus manos para ganar el sustento: los Pablos, Brunos, Hilariones, Arsenios, Pacomios y Gualbertos fueron los valerosos jefes que poblaron con su ejemplo los desiertos de pobres evangélicos.

¿Os parece, católicos, que estos famosos héroes del yermo llegaron al mas alto punto de la pobreza? Pues sabed que ya no parecen pobres en comparacion de Francisco. El cielo habia destinado al padre de los Menores para dar al mundo un ejemplar de pobreza, original, único é ignorado desde el tiempo de los apóstoles. Francisco, que apenas habia nacido cuando, segun la frase de san Gregorio, sintió el peso de las riquezas, no se contenta con renunciar su legítima, sus fueros, su filiacion y todos los bienes de la tierra; es un jóven embelesado con la pobreza, que se turba, se acongoja y vierte copiosas lágrimas al considerar que hay otros mas pobres que él, porque quisiera él solo ser el pobre universal de todo el mundo: un jóven que agitado de una impetuosa inclinacion á esta virtud, sale como fuera de sí, y corre por calles, plazas y lugares de Umbría,

preguntando por la pobreza, sin que puedan contenerle ni el desprecio de sus paisanos, ni la persecucion de sus deudos, ni los rigores de su padre. ¿Habeis visto un avariento, que hidrópico de codicia anhela por las riquezas? pues Francisco suspira con mayor ansia por el tesoro de la pobreza. Se postra á los piés de un crucifijo, y clama á su Dios que le conceda esta virtud en toda su extension; ya se entra en los calabozos y hospitales á contemplar en sus víctimas las penurias que padecen para sacar modelos que imitar; ya explica la ternura y exceso de su amor con afectuosas caricias, llamando á la pobreza mi reina y mi esposa; pero esposa tan amada, que hubiera primero muerto que divorciarse con ella.

¡Ah, qué pobreza tan sublime! Nadie pudo penetrar á fondo sus quilates, sino el Dios que la inspiró; el vulgo la perdió de vista, los teólogos no alcanzaron á comprenderla, los cardenales la juzgan impracticable, el padre santo al oirla se sorprende y vacila; y si un rayo de luz celestial no hubiera iluminado al depositario del anillo del Pescador, ciertamente la hubiera reputado Inocencio III por temeraria. Pero pobreza la mas cabal y ajustada á las máximas del Evangelio, que fijó su trono en el corazon de Francisco, para que fuese su apóstol en practicarla, así como habia de ser su legislador en establecerla.

Apoyados Domingo y Francisco sobre la excelente máxima de la pobreza ¿qué progresos tan gigantes no harian en la virtud de la humildad? Yo sé que en sentir de santo Tomas de Villanueva la pobreza es la escala mas segura para la humildad, y el origen de toda la perfeccion; y aunque un sabio pontífice dejó escrito que es infinitamente mas difícil dejarse á sí mismo, que renunciar los bienes caducos con que brinda el mundo; pero qué empresa habrá difícil para unos corazones animosos y entregados á las impresiones de la gracia como los de estos dos grandes patriarcas? Examinad todos los instantes de su vida, y veréis que están señalados con los actos mas heroicos de humildad. Ello es que los mas fieles apologistas del siglo ilustrado publican que Domingo en los ardores juveniles fué ya el espectáculo de Europa por sus abatimientos; insensible á los ataques del amor propio, no piensa sino en defenderse de los elogios que le dan y de las dignidades que le ofrecen: si los pueblos edificados de su virtud y milagros le aplauden, se turba, suspira y gime bajo el peso de la universal aclamacion; si la

púrpura romana pasmada de su heroísmo, le reverencia, él se confunde á vista de su nada y su miseria; si la suprema cabeza de la iglesia le honra cinco veces con la dignidad de obispo, otras tantas renuncia con lágrimas la mitra. Padre y fundador de una esclarecida familia, abraza con preferencia los ejercicios mas viles de la comunidad, y se tiene por el oprobio de los claustros: rebosa en alegría cuando una chusma de piratas le llena de injurias, y se regocija cuando les herejes califican sus éxtasis de ilusiones y su penitencia de hipocresía; y se da los parabienes entre los ultrajes, como pudiera el mas ambicioso entre las aclamaciones.

¿Seguiria Francisco con igual teson los bajíos del abatimiento? ¿Pero qué pregunto yo? ¿No es la humildad su carácter? ¿Puede acaso nombrarse esta virtud, sin que al punto se presente á la memoria Francisco de Asís? Ah! yo afirmo que así como en la antigüedad un Macabeo fué conocido por su valor, un Elías por su celo, un Salomon por su sabiduría y una Magdalena por sus lágrimas; así es conocido Francisco en la nueva ley por su humildad. Seguidle sus pasos, y lo veréis. Penetrado de los abatimientos de un Dios humillado, se propone arrancar de su corazon hasta las últimas fibras del amor propio; y para decapitar este monstruo, inventa los arbitrios mas raros de abatirse: Asís, que poco ántes le habia visto rodeado del esplendor de sus galas, le mira con asombro en sus calles y plazas cubierto con un zurcido de andrajos, y le reputa por insensato: los libertinos, la plebe, y hasta los mas cuerdos le insultan; pero cuando mas agobiado se ve de ignominias, entónces se revuelca en un lodazar, se confunde con los pobres y corre las comarcas de su patria en esta figura extraña, con un deseo insaciable de apurar el amargo cáliz de los improprios hasta sus últimas heces. ¿Qué humildad tan asombrosa! Era necesario, católicos, hacer anatomía de su corazon, para mostraros el fondo de su humildad; veriais una humildad identificada con la masa de su ser, que no feneció sino con él, que descendió con él al sepulcro, y desde las entrañas de la tierra que le abriga volvió á brotar de su yerto é inanimado cadáver un nuevo pimpollo mas hermoso de humildad. Oid la prueba. Elevado al mas alto grado de santidad, y constituido cabeza de una posteridad tan numerosa como las arenas del mar, no puede sufrir la aclamacion de los pueblos, y pide á Dios con